

## **Dr. David Turner, Mateo**

### **Lección 8B – Mateo 18: Los valores de la comunidad del Reino**

Saludos, soy David Turner. Les presento la lección 8b de la clase de Mateo, sobre el capítulo 18 de Mateo, el cuarto discurso del Evangelio de Mateo. Los tres primeros son el Sermón del Monte, el Discurso sobre la Misión en el capítulo 10 y las Parábolas del Reino en el capítulo 13. Ahora llegamos al cuarto discurso, que se dirige a la comunidad de discípulos de Jesús y los interpela sobre algunos de sus valores fundamentales y cuáles deberían ser sus preocupaciones fundamentales. En primer lugar, presentemos este cuarto discurso y expongamos algunos de sus temas clave.

En primer lugar, se trata de un contexto narrativo. Al igual que en los tres primeros discursos, el cuarto discurso tiene un contexto narrativo en 18:1, donde se menciona que los discípulos de Jesús se acercaron a él y le hicieron una pregunta sobre el momento de los sucesos del impuesto del templo al final del capítulo 17, poco antes de que los discípulos fueran con Jesús a Jerusalén. Por lo tanto, este discurso, a diferencia de algunos otros, responde a una pregunta que le formulan, al igual que el discurso final en los capítulos 24 y 25.

El discurso concluye en 19:1 con la característica declaración de que, al terminar estas palabras, Jesús partió de Galilea y llegó a la región de Judea, al otro lado del Jordán. Esta es una conclusión inquietante, considerando lo que le sucederá a Jesús en Judea y Jerusalén. Así pues, ese sería el contexto narrativo.

Es algo impreciso, ya que la frase «en ese momento» en 18:1 parece referirse únicamente al período general en que Jesús comenzó a hablar a sus discípulos sobre su muerte y resurrección. Aunque los discípulos se lamentaron por este anuncio, según 17:23, su dolor se convirtió tristemente en especulación sobre quién es o sería el mayor en el reino de los cielos (18:1). Compárese con los versículos 20 al 28. El cuarto discurso de Jesús es su respuesta a esta pregunta y a una pregunta posterior de Pedro sobre el perdón en 18:21. La característica singular de este discurso es que Jesús usa a un niño como ayuda visual en 18:2, antes de su respuesta verbal a la pregunta de los discípulos.

El tema clave de este discurso es, entonces, la grandeza espiritual, y la ilustración clave de la grandeza espiritual no es alguien que uno esperaría, como un general militar, una persona rica, como alguien como los discípulos que lo dejaron todo para seguir a Jesús. No es un predicador, ni un diácono, ni una estrella del pop, ni un jugador de béisbol, sino un niño. ¿Quién lo hubiera imaginado? Hablaremos más sobre esto más adelante.

Ahora bien, el cuarto discurso, en cuanto a su estructura, no es muy complejo. Se podría dividir en dos partes, cada una comenzando con una pregunta (18:1 al 20 y 18:21 al 35). O se podría dividir con cada sección terminando en una parábola (18:1 al 14 y 18:15 al 35).

Quizás el último de estos dos enfoques sea mejor. No estoy seguro. Así que, en cualquier caso, el discurso se mantiene unido mediante el uso de términos clave como «niños» en 18:2-5, identificados como los pequeños que creen en Jesús (18:6, 18:10, 18:14). Observen cómo un niño se convierte en pequeño.

Estos niños (18:4) deben ser imitados y recibidos, según 18:5, como pequeños. No se les debe inducir a pecar ni a tropezar, ni se les debe despreciar (18:6 y 18:10). El uso de esta imagen familiar para la comunidad de discípulos es quizás el motivo más notable para expresar la grandeza espiritual en este capítulo. Los discípulos son hijos, e incluso quienes pecan contra ellos dentro de la comunidad son sus hermanos, hijos del Padre Celestial.

El lenguaje de 18:8 y 9 exhibe un paralelismo entre cláusulas, lo cual resulta interesante por su forma de expresarse. La repetición de dos o tres y la yuxtaposición del cielo y la tierra en 18:15-20 son interesantes. El cuarto discurso trata entonces sobre la grandeza espiritual. Jesús usa a un niño como la máxima lección de humildad y el deber de la hospitalidad hacia sus compañeros discípulos (18:3-5). Luego, aborda lo opuesto a la hospitalidad, que es la ofensa, y habla con gran claridad sobre el terrible final que tendrá cualquiera que haga caer en pecado a un discípulo de Jesús (18:6-14).

A continuación, se dan instrucciones sobre cómo tratar con los hermanos que pecan (18:15-20), y la respuesta a la pregunta de Pedro sobre la longanimidad y el perdón, lo que conduce a la parábola del siervo despiadado (18:21-35). El discurso se mantiene coherente en la línea de la preocupación de Dios por los pequeños creyentes. Su condición humilde es celosamente protegida por el Padre Celestial.

¡Ay de los que hacen pecar a los pequeños! (18:7). Sin embargo, sus pequeños deben ocuparse con prontitud del pecado en su medio, y la solemnidad del proceso de disciplina subraya una vez más la preocupación del Padre por sus hijos (18:15-20). La pregunta de Pedro y la respuesta de Jesús subrayan la absoluta necesidad de la regla del perdón en la comunidad del reino (18:35). Ahora veamos cómo la grandeza en el reino es una cuestión de humildad infantil (18:1-14). Una vez más, en esta sección, Jesús demuestra ser el maestro de maestros al elegir espontáneamente la lección objetiva perfecta para responder a una pregunta.

Jesús no elige a un niño por una idea sentimental sobre la inocencia o la humildad subjetiva de los niños, pues los niños pueden exhibir, desde pequeños, al menos en forma de semilla, los rasgos que Jesús critica aquí. A veces, los niños parecen todo

menos inocentes o humildes. ¿Por qué elige esta metáfora, entonces? La elige, y señala a este niño que se acerca a él en una especie de parábola escenificada para enfatizar que un niño está a merced de los adultos y carece de estatus social.

Un niño depende totalmente de los adultos, en particular de sus padres, para su bienestar. Por lo tanto, recurrir a Dios como discípulo de Jesús implica humillarse como un niño ante el Padre Celestial. Tal humildad equivale a una dependencia total de la misericordia del Padre.

Renuncia a cualquier poder, posición o estatus que uno pueda reclamar de los recursos humanos, y compárese esto con 5:3 y 5:5. Esta perspectiva es nada menos que una renuncia total y una inversión de las costumbres y valores de este mundo actual, donde el afán de progresar conduce a todo tipo de estrategias pecaminosas para alcanzar la grandeza. Considere 20 versículos 26 y 27, y 23:11 y 12. Lo opuesto a la humildad es el orgullo, que, por implicación, haría a uno el más pequeño en el reino de los cielos, si la humildad lo hace el más grande.

La humildad o la verdadera grandeza lleva a tratar bien a los discípulos del reino, ya que equivale a tratar bien a Jesús mismo. 18:5, compárese con 10:40. Pero maltratar a tales discípulos tiene consecuencias eternas. Versículo 7. Ningún sacrificio es demasiado grande, ni siquiera el equivalente espiritual a cortarse una mano, un pie o incluso un ojo, si ese sacrificio conduce al reino.

18:8 y 9. Compárese con 13:44. Ante esta polaridad entre recompensa y castigo, los discípulos deben examinarse cuidadosamente y asegurarse de no despreciarse unos a otros. 18:10. En lugar de despreciarse, deben tener la misma preocupación mutua que motiva al pastor a rescatar a una oveja descarriada. 18:12-14.

Lamentablemente, la cultura moderna continúa devaluando a los niños, algo que era evidentemente la norma en la época de Jesús. Por supuesto, el holocausto del aborto es un claro ejemplo de ello, y también lo es el trato que reciben tantos niños en hogares unipersonales, sobre todo cuando el novio de la madre los maltrata. Y, por supuesto, incluso en muchos hogares aparentemente de cuento de hadas con dos padres viviendo en aparente paz y serendipia, lamentablemente, con demasiada frecuencia escuchamos historias horribles de abuso infantil en esos tiempos.

La cultura moderna, entonces, encaja con lo que Jesús menciona aquí: que los niños tienden a carecer de estatus, de valor. Y así, cuando nos acercamos a Dios como hijos suyos, reconocemos que todo lo que tenemos y todo lo que somos se lo debemos a él. Y aparte de nuestro estatus en Cristo, no tenemos estatus.

Considerarse, pues, como un niño ante Dios sigue exigiendo hoy profunda humildad. Y tratar bien a los niños o discípulos no suele ganarse el aplauso del mundo. Pero tal

comportamiento solo es seguir los pasos de Jesús, quien personifica la humildad y la preocupación por los niños o discípulos.

11:25, 12:18-21, 20:28 y 21:5. Seguir los pasos de Jesús de esta manera es una conducta contracultural, que el Espíritu utiliza para condenar a un mundo obsesionado con el poder y el estatus debido al pecado fundamental del orgullo. Compárese con 513-16.

Además, la humildad y la preocupación por los demás discípulos garantizarán que, cuando la disciplina eclesial se haga necesaria (18:15-20), se aplique con los motivos adecuados. Compárese con Gálatas 6:1 y siguientes. Es evidente que los discípulos aún tienen muchas lecciones que aprender.

Jesús ya dejó claro que su destino es el sufrimiento, la muerte y la resurrección, y que ellos compartirán su destino. El sufrimiento debe preceder a la recompensa, según 16:21-28. Por lo tanto, resulta sumamente irónico que la pregunta de los discípulos en 18:1 sea ¿quién es el más grande? ¿Cómo pueden estar tan preocupados por la grandeza tan pronto después de la clara enseñanza de Jesús sobre su propio destino y el de ellos, el camino de la cruz? Esta preocupación simplemente no desaparece.

Vea el capítulo 20, versículos 20-28. Hoy en día, los discípulos de Jesús deben recordar constantemente que la experiencia de su Señor, su sufrimiento y su cruz antes de la gloria, es el paradigma de su propia experiencia (10:38, 11:29, 16:24, 20:28).

Comparen muchos otros pasajes, como Filipenses 2-5 y siguientes, Colosenses 1:24, Hebreos 10:32-38, 1 Pedro 2:21 y siguientes, y Apocalipsis 1:9. Dirán: «Bueno, son muchos versículos, y tienen razón, pero me parece que este es quizás el problema más difícil que enfrenta la iglesia hoy en día: comprender que debemos ser humildes». A continuación, veamos Mateo 18:15-20, donde encontramos un proceso de tres pasos para corregir a un creyente que peca.

Mateo 18:15-20 contiene un procedimiento para la disciplina en los versículos 15-17, seguido de su fundamento teológico en los versículos 18-20. Este procedimiento consta de tres pasos, y su fundamento se basa en tres verdades: la autoridad de la iglesia, la promesa de la oración contestada y la presencia de Jesús. El procedimiento que se explica en estos versículos será necesario, ya que Jesús acaba de enseñar que las ofensas son inevitables.

El Padre está totalmente dedicado a sus pequeños, y esto dicta que las ofensas entre los miembros de la comunidad se traten con prontitud y justicia. Siguiendo el ejemplo del rescate de la oveja descarriada, la persona ofendida debe tomar la

iniciativa para traer al ofensor de vuelta al rebaño (18:12 y 15). No hay lugar para que la persona ofendida se amargue ni chismee sobre el ofensor con otra persona.

Compare Proverbios 25:9 y 10. Las tres etapas de la confrontación mencionadas aquí en este proceso, en los versículos 15-17, garantizan un trato justo tanto para el ofensor como para la parte perjudicada con la menor fanfarria posible. Aunque la disciplina eclesiástica a menudo se toma a la ligera en los círculos evangélicos, es un asunto ominoso, un aspecto de permitir que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo (6:10). Rechazar sucesivamente las propuestas de un hermano, y en una segunda etapa, dos o tres personas con el hermano, y finalmente a la iglesia en su conjunto, equivale a rechazar a Jesús y al Padre mismo.

Observe otros pasajes del Nuevo Testamento sobre la disciplina: Gálatas 6:1-5 y 1 Corintios 5:1-6:11. Segunda etapa: 2 Corintios 2:5-11, 13:1-2. 2 Tesalonicenses 3:6, 14-15. 1 Timoteo 5:19-20; 2 Timoteo 4:2; Tito 2:15; 3:10. 1 Juan 5:16; 2 Juan 10; 3 Juan 10; y Judas 20-23.

¿Cómo podemos estar seguros de que seguimos tomando tan a la ligera el trato con los creyentes pecadores en nuestras iglesias cuando el Nuevo Testamento contiene tanto material que enfatiza su obligación? El peligro opuesto a la laxitud en la disciplina es ser demasiado severos con ella. Entonces, es interesante que inmediatamente después de los versículos 15-20 sobre la disciplina o corrección, hay una especie de, si podemos decirlo de esta manera, colchón contextual.

Mateo 18:15-20, como dicen Davies y Allison en su comentario, está inmerso en una sección llena de bondad. Jesús se ha referido a sus discípulos como niños humildes y pequeños en 18:5-6, y como ovejas perdidas en 18:12-13. A continuación, enfatizará la necesidad del perdón en su comunidad en los versículos 21 y siguientes. El pecador es descrito como un hermano, un hijo del Padre celestial, en el versículo 15.

Incluso el proceso de disciplina ofrece al pecador tres oportunidades para arrepentirse, y quienes participan en él deben considerarse agentes del Padre, quien es como un pastor que busca a la oveja descarriada. El objetivo es la reconciliación y el regreso al rebaño, no la ruptura de la relación. Jesús mismo promete solemnemente que cuando participamos en el proceso de disciplina eclesiástica y lo hacemos a su manera con oración y humildad, cualquier decisión que tomemos (versículo 18), atar o desatar, será confirmada en el cielo.

Y que cuando dos o tres de nosotros nos ponemos de acuerdo en la tierra sobre algún asunto relacionado con esto, Dios responderá de maneras que bendecirá a su pueblo cuando tomen en serio esta responsabilidad. De hecho, según el versículo 20, Jesús mismo estará presente con la comunidad en este tipo de situaciones, incluso si solo hay dos o tres personas reunidas, con el sincero deseo de corregir a un creyente

pecador, con la debida humildad y con las mejores intenciones. En estas situaciones, Jesús promete que ciertamente estará presente con su pueblo.

Dada la solemnidad de estos versículos, especialmente del 18 al 20, es realmente triste cómo muchas veces citamos 18:19 sobre la presencia de Jesús cuando solo dos o tres personas están reunidas. Me parece que lo tomamos con demasiada ligereza. A menudo lo usamos cuando hay una pequeña reunión de cristianos para asegurarles a las personas que Dios está con ellos.

Bueno, ciertamente Dios está con ellos, pero esta tendencia a usar este versículo a la ligera es muy inquietante, porque distorsiona un pasaje solemne y lo convierte en un cliché humorístico. Sin duda, Dios está presente en cualquier reunión legítima de su pueblo, sin importar el tamaño de la misma. Pero a pesar de eso, no hay necesidad de malinterpretar las Escrituras para demostrarlo.

Sacar este solemne pasaje de contexto, me parece, lo degrada y profana el deber sagrado de la iglesia de mantener la armonía en sus relaciones interpersonales. Ahora nos centramos en lo que podríamos considerar la segunda mitad del capítulo: la enseñanza de Jesús, que también incluye una parábola, sobre la necesidad de perdonar al creyente pecador. Esto tiende a equilibrar la necesidad de corregir a dicho creyente entre 18:15 y 18:20.

Como se puede ver claramente en 18:21-35, este pasaje comienza con una pregunta de Pedro, y la respuesta de Pedro y la de Jesús son de dos tipos diferentes. La primera es prosa, es decir, un simple discurso proposicional, y la segunda es poesía, o más específicamente, una parábola, que responde no tanto con proposiciones racionales, sino con vívidas imágenes dramáticas (versículos 23-34), con la aplicación o conclusión en el versículo 35. Ahora bien, ambas respuestas, tanto la prosaica como la poética, contienen hipérbolos llamativas.

A Pedro le parece notable, evidentemente, que esté dispuesto a perdonar a alguien siete veces, como plantea su pregunta en 18:21. Pero Jesús le dice, dependiendo del texto, que son 77 veces. Algunos lo leerían 70 veces siete.

De cualquier manera, la cuestión es que el perdón en la comunidad, cuando ha habido arrepentimiento, es algo continuo, y no nos esforzamos por perdonar a nuestros hermanos. Dios nos ha perdonado un pecado inmenso. Nada de lo que nuestros hermanos nos hagan podría compararse con eso.

Por lo tanto, debemos estar dispuestos a perdonar a alguien cuantas veces sea necesario. Así, tras esta respuesta prosaica, Jesús narra una historia en los versículos 23 y siguientes. Esta historia presenta el marcado contraste de un siervo al que se le ha perdonado una cantidad enorme, que requeriría el salario de varias vidas para

devolverla, y luego se niega a perdonar una cantidad insignificante que se le debe, que podría pagarse en pocos meses.

El siervo perdonado demuestra ser implacable y es severamente juzgado por su amo. Así, a medida que se desarrolla esta conocida historia, en los versículos 23 al 27, la primera escena muestra al amo pagando al siervo aparentemente arrepentido esta enorme deuda. En la segunda escena, el siervo, al que acaba de ser perdonado, sale y se niega a perdonar a un compañero que le debe una deuda insignificante.

En la tercera escena, versículos 31 al 34, los colegas de estos dos sirvientes informan del asunto al rey, quien se enfurece y revoca el perdón del siervo aparentemente arrepentido, pues su arrepentimiento se revela falso al no perdonar a nadie más que haya pecado contra él. Lo entregan a la prisión para ser torturado hasta que reúna la cantidad, que le sería imposible ganar. Es una gran noticia.

El punto de esta parábola es muy similar al de Mateo, capítulo seis: no tenemos derecho a orar a Dios para que perdone nuestros pecados (Mateo, capítulo seis, versículo doce) si no estamos dispuestos (versículos 14 y 15 de Mateo seis) a perdonar las transgresiones que otros nos han hecho. No se trata de una situación de obras en la que nuestro perdón merezca que Dios nos perdone, sino que la forma en que tratamos a nuestros hermanos en la fe demuestra si realmente hemos experimentado el perdón que se nos ofrece en el Evangelio. El punto es que alguien que no perdona a sus hermanos en la comunidad cristiana probablemente nunca ha sido perdonado por Dios, o esa persona estaría capacitada y empoderada para ser una persona perdonadora.

La falta de perdón de este siervo indica que su súplica a su amo en 1826 fue un engaño y que obtuvo su perdón con falsas promesas. Quienes han sido perdonados genuinamente perdonan a los demás. Consulte Mateo 6:14 y 15, Lucas 6:36, Efesios 4:31 a 5:2, Santiago 2:13 y 1 Juan 4:11.

Todos estos pasajes y esta parábola en particular que tenemos ante nosotros nos muestran claramente la infinita gracia de Dios al perdonarnos nuestras muchas ofensas contra él, y esto contrasta con la negativa de un discípulo a perdonar una ofensa menor. La incompatibilidad entre ambas situaciones es evidente, y la enseñanza resultante es que quienes han sido perdonados por Dios pueden y deben perdonar a sus hermanos en la fe. Ser perdonado es estar capacitado para perdonar.

No importa cuán ofensivamente uno haya sido tratado por otro ser humano dentro de la comunidad de creyentes, no hay comparación con la atroz rebelión de seres humanos malvados contra un Dios santo y amoroso. Cualquiera que haya experimentado verdaderamente la compasión del Padre Celestial no tendría problema en mostrar compasión genuina a un hermano que ha recibido ese mismo perdón y compasión del Padre. Quizás, al analizar este capítulo en su conjunto, sea

difícil reconciliar el proceso de disciplina de 18:15 a 20 con la forma tan cuidadosa en que se nos enseña a tratar a otros creyentes en la primera parte del capítulo y también en la última, donde se enfatiza el perdón.

Pero tanto los versículos 18:15 al 20, donde se necesita corrección, como los del 21 al 35, donde se necesita perdón, pueden vincularse con el tema central de este capítulo: que los discípulos son los pequeños del Padre. Son hermanos y hermanas entre sí. Forman parte de la primera familia, hijos del Padre Celestial.

Los discípulos de esta familia no se atreven a permitir que las ofensas la perturben. No pueden. Sin embargo, no pueden resolver las ofensas sin un espíritu de perdón.

No puedes permitir que la discordia divida a la familia de Dios. Tienes que corregirla. Pero la corrección no se puede lograr sin un espíritu de perdón y humildad, o solo empeorará el problema.

En relación con otra metáfora de este capítulo, una oveja descarriada no puede quedar sola en el desierto. Pero quienes la buscan deben estar dispuestos a recibirla humildemente de vuelta en el rebaño, perdonándole sus ofensas. Por lo tanto, existe un equilibrio muy delicado entre la disciplina y el perdón que debe mantenerse fielmente.

Y si este es el caso, cuando alguien no responde al proceso de disciplina y corrección, su excomunión de la iglesia es en realidad un exilio autoimpuesto, no uno impuesto por la iglesia de forma severa e implacable, sino un exilio que se lleva a cabo en contra de todos los esfuerzos fieles y humildes de la iglesia por reconciliar a esa persona. Para concluir nuestro análisis del capítulo 18 de Mateo y analizar cómo encaja esto en los contextos anterior y posterior, presentamos algunos comentarios de resumen y transición. En un sentido clave, el viaje a Jerusalén ya había comenzado cuando Jesús anunció su sufrimiento y muerte en 16:21, y los discípulos, siendo realistas, deben afrontar las sombrías perspectivas que les aguardan allí.

Esto será imposible si existe una preocupación egoísta por la grandeza y la consiguiente devaluación de los demás. En otras palabras, si tenemos presente la cruz de Jesús en Jerusalén históricamente, como debieron haberlo hecho los discípulos en ese momento, y si nos mantenemos tan presentes como Jesús nos enseñó que debemos hacerlo en 16:24, nos recibiremos como a un niño (18:5-10). Nos pastorearemos como a una oveja perdida (18:12-14).

Trataremos con humildad, paciencia y decisión a los pecadores impenitentes entre nosotros (18:15-20). Y perdonaremos sinceramente a quienes pecan y se arrepientan cuantas veces sea necesario (18:21-35). Si tenemos estos valores de humildad, paciencia y amor fraternal, fortaleceremos las relaciones de nuestra comunidad y le permitirán soportar las dificultades que se avecinan en Jerusalén y más allá.

Así pues, el modelo que Jesús inculca a sus discípulos en este punto estratégico de la narrativa, al acercarse a las pruebas que le aguardan en Jerusalén, es apropiado que lo tengamos presente mientras aguardamos las pruebas que nos aguardan en este mundo. Debemos ser fuertes juntos, porque lo que recibimos del exterior puede ser extremadamente difícil de soportar. Pues bien, al mirar hacia adelante desde Mateo 18, al llegar al capítulo 19, versículo 1, el viaje a Jerusalén efectivamente comienza.

Jesús preparó a sus discípulos para ello enfatizando estos valores del reino. Continuará modelando estos valores, como los que inculcó aquí en el capítulo 18, en pasajes como el capítulo 19, versículo 14. Lamentablemente, los discípulos seguirán luchando con la noción mundana de grandeza.

El capítulo 20, versículo 20, lo deja claro, y la perícopa que contiene. Así, la decisión se nos presenta claramente en este pasaje. Es decir, nos vemos como seguidores de Jesús que queremos modelar nuestras vidas según sus propios valores.

Para poder pensar en la persecución y las aflicciones que nos llegan desde afuera, debemos tener relaciones adecuadas con nuestros hermanos creyentes dentro de la comunidad cristiana.